

**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
Facultad de Filosofía y Humanidades  
Departamento de Filosofía

# La Sacralidad y perversión del Erotismo en Georges Bataille

Informe de Seminario. Filosofía, Literatura y Política para optar al grado de Licenciado en Filosofía  
Alumno:

**Estefanía Hermosilla Ordenes**

Profesor: Carlos Contreras Guala

**Diciembre 2008 Santiago Chile**



<b>Epígrafe . .</b>	<b>4</b>
<b>INTRODUCCIÓN . .</b>	<b>5</b>
<b>I. LA DIMENSIÓN SAGRADA DE LA EXISTENCIA . .</b>	<b>9</b>
<b>1.1. La iniciación religiosa de Georges Bataille. . .</b>	<b>9</b>
<b>1.2. La muerte: lo Sagrado y lo Profano. . .</b>	<b>11</b>
<b>1.3. Economía restringida y economía general. La Soberanía. . .</b>	<b>15</b>
<b>II LA SACRALIDAD DEL EROTISMO. . .</b>	<b>20</b>
<b>2.1 La comunidad de los amantes. . .</b>	<b>20</b>
<b>2.2 El Erotismo y la Muerte. . .</b>	<b>21</b>
<b>2.3 Sacrificio y Erotismo: Modos de Desnudez. . .</b>	<b>23</b>
<b>2.4. La vergüenza y goce en el erotismo. . .</b>	<b>25</b>
<b>III. LA PERVERSIDAD: EI MARQUÉS DE SADE Y LA RADICALIZACIÓN DEL EROTISMO . .</b>	<b>27</b>
<b>CONCLUSIÓN . .</b>	<b>32</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA . .</b>	<b>34</b>

## Epígrafe

***“Toda introspección verdadera en el dominio de los sentidos es vana e incompleta si los dos mayores fenómenos sensoriales de la existencia, el nacimiento y la muerte, no nos entregaran sus secretos hasta cierto punto. Pero, ¿cómo “profundizar” el nacimiento?, ¿cómo “descubrir” la muerte salvo cuando uno está demasiado muerto para describirlas? Y sin embargo existe un medio de “explicar” esos dos fenómenos esenciales de la vida, gracias a un campo de experiencia que está al alcance de todos: la voluptuosidad – esa muerte-nacimiento en uno, que hasta ahora sólo se ha intelectualizado en exceso, pornografiándola o sentimentalizándola a ultranza. Pero siendo la voluptuosidad la encrucijada universal de los sentidos, de la muerte, del cuerpo y el alma, y siendo un lugar-estado donde muerte y nacimiento se encuentran a medio camino, y donde el hombre completo “se confirma” en sí mismo, la voluptuosidad es por esa razón incluso la mayor fuente de conocimiento y el más vasto campo de estudios de los mecanismos profundos del ser humano.”***  
**Malcolm de Chazal**

---

# INTRODUCCIÓN

Georges Bataille, es un autor que resulta inclasificable, imposible de circunscribir en una determinada disciplina, ideología, partido, movimiento o línea de “pensamiento”. De modo lúcido conjugó las ideas de Nietzsche, Hegel, Marx, como también de autores tales como Durkheim, Marcel Maus, Caillois etc., una diversidad de fuentes que hace que su obra concentre ideas muy heterogéneas y fecundas, pero que a su vez dificulta la tarea de aprehender sus planteamientos, de desprender o diseñar una teoría, a partir de ellos. En definitiva, de realizar y plantear alguna tesis de su obra.

Formalizar o intentar sistematizar las obras de Georges Bataille, no sólo es una acción en gran medida infructuosa, sino que resulta en alguna medida desleal con su modo de “pensar”, escribir y actuar e inauténtico con sus propósitos. Puede que en algunos de sus textos Bataille exponga sus ideas de un modo más riguroso, ordenado y claro, y por lo tanto resulten más aprehensibles sus planteamientos, mas en aquellas ocasiones en que se cree haber comprendido el contenido esencial de sus palabras, se presiente la sensación de haber captado erróneamente el “oscuro objeto”<sup>1</sup> de sus disquisiciones, más aún, cuando el propio Bataille se niega a objetivar sus ideas, a tratarlas como objetos de conocimiento, criticando la muy arraigada costumbre que posee el pensamiento discursivo de instalar sus preguntas y respuestas como objetos posibles de analizar y formalizar.

Esta manera de proceder el pensamiento, no es aplicable a Bataille, y si lo es, es con bastantes limitantes, pues bajo sus ideas y palabras no se deja de percibir que lo que fluye, es un asunto que hasta ahora, el modo tradicional en que ejerce el pensamiento discursivo, no logra captar, sin transformarlo drásticamente en algo totalmente distinto. Además el propio Bataille confiesa que su búsqueda no es el conocimiento, sino el no-saber<sup>2</sup>, por lo cual más que exponer una teoría o tesis académica susceptible a sistematizar busca evocar *el* movimiento que pone en juego todo el pensar y el ser, e invitar al lector a sumarse y abandonarse a él. De este modo lo que Bataille habla y desea comunicar, es una *experiencia*, y específicamente la experiencia que acontece en nuestra intimidad.

Mas ¿de qué clase de experiencia Bataille habla?, ¿Cuál su relevancia? y ¿Qué desea comunicar con ella? Antonio Campillo, autor español que ha trabajado las obras de Bataille y que considera que el pensamiento de Bataille es posible estructurarlo en etapas, nos dice al respecto: “Se trata de las experiencias relacionadas con la muerte, con el poder, con el amor, en fin, con el frío afán de supervivencia y con la ardiente búsqueda de convivencia”<sup>3</sup>. En gran medida es de esto de lo que habla Bataille, son estos movimientos que se gestan en nuestra interioridad, que desencadenan y determinan todas nuestras acciones, lo que inquieta al francés, quien considerará que se fundan desde una sola experiencia capital, que resulta terrorífica y angustiante, y por ello fascinante.

<sup>1</sup> Resulta igualmente erróneo concebir como objeto los asuntos tratados por Bataille, debido a su crítica directa al conocimiento, en el cual los objetos son aprehendidos en su duración, en su encadenamiento temporal, no en el instante en que se dan, lo que desde su perspectiva transforma al conocimiento en utilitario y subordinado al futuro.

<sup>2</sup> Cf. Bataille, Georges. *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona Editorial Paidós. 1996. Pág. 74

<sup>3</sup> Campillo, Antonio. Introducción. El amor de un ser mortal. En: Georges Bataille. *Lo que entiendo por soberanía*. . Barcelona. Editorial Paidós. 1996. Pág.14

Esta experiencia capital, no es el oscuro objeto de sus disquisiciones, sino que resulta ser la “paradójica obsesión” de sus intuiciones, la cual a temprana edad lo conmocionó y conmovió a tal punto, que toda su obra y toda su vida estuvieron dirigida por ella. Esta experiencia o acontecimiento se expone en sus diversas obras a través de una redacción muchas veces enigmática y enrevesada, que en alguna medida intenta preservar y proteger un secreto e impedir la violación por parte del pensamiento discursivo de un espacio íntimo y sagrado de la existencia, espacio donde la razón se encuentra ausente. Y el acontecimiento específico y fundamental que marca y atraviesa toda la vida de los seres humanos, y que definitivamente desde el punto de vista de Bataille, marca el inicio de la propia humanidad y de la civilización es, *la muerte*.

Sin duda, se puede afirmar que *la muerte*, es el acontecimiento que funda y reúne todos los estudios e investigaciones de Bataille, éste es el movimiento que desata todas las preocupaciones que inquietan su espíritu. La particular obsesión que representó en la vida de Bataille la muerte, lo llevó a ver en ella el evento que desencadena toda la historia humana, en lo social, político, económico, religioso etc., y en gran parte su obra desarrolla las repercusiones que la muerte tiene sobre el comportamiento humano, del lugar, acción y sentido dentro de la vida, planteando relaciones entre la muerte y la vida, que iban más allá de lo propuesto en su momento por figuras como Freud.

Bataille, a partir de la muerte y la angustia que ella provoca en los individuos, realiza peculiares asociaciones con otras actividades humanas, especialmente con otra actividad que será una preocupación constante para Bataille, como es la experiencia del erotismo. El erotismo no será una más de las actividades humanas, no, para él representará la posibilidad de acceder a un anhelado estado perdido de la humanidad, que subyace a todos sus deseos y al que de una u otra forma se remiten todas nuestras acciones improductivas y espontáneas, como es *la continuidad de ser*<sup>4</sup>, y que por remitirse el erotismo a este movimiento continuo del ser, no se desarrolla dentro del orden práctico-productivo de la vida social, sino en nuestra más silenciosa y discreta privacidad.

El erotismo es una experiencia humana y como tal, una experiencia que puede ser considerada y aprehendida por la filosofía. Ya Platón en su obra *El Banquete*, nos legó una perspectiva del erotismo, que nos planteaba que el deseo amoroso y erótico que sobreviene a los amantes por la belleza del amado les ofrece la posibilidad, si siguen los consejos de Diotima, de lograr a través de un proceso dialéctico aprehender la idea de la Belleza. Mas, la experiencia erótica en la perspectiva de Bataille, no se describe desde las posibilidades que ofrece al hombre de elevarse sobre el plano sensible de la existencia o como medio que le permita aprehender algún tipo de conocimiento. Esta experiencia no es apreciada ni reconocida en pos de otro fin que su misma realización, sino que en conexión con la muerte es planteada y descrita desde y para sí.

Bataille a través de sus planteamientos sobre el erotismo, busca reafirmar y reconocer una parte o dimensión de la existencia humana en la cual los seres humanos no tienen en primer lugar las labores, acciones y proyectos a través de los cuales buscan desarrollar el ser que son, sino que es un ámbito de la existencia, en la cual los hombres experimentan de modo efímero la finitud de la (su) existencia. La experiencia del erotismo es un movimiento en el cual el ser humano abandonándose al instante del deseo, se da y se abre al ser del otro de modo pleno y auténtico, al vacío del otro que se pierde en él y donde él mismo se vacía de sí mismo, se disipa y se desvanece en el otro.

---

<sup>4</sup> Nos referiremos constantemente al estado continuo del ser planteado por Bataille, como movimiento ligado a la vida y la muerte, y a la discontinuidad del ser característica de los individuos.

Así, el erotismo en Bataille se constituiría en una cuestión de orden filosófico, pues intrínsecamente en la experiencia erótica se juega una peculiar experiencia del y con el ser, una experiencia en la cual los seres humanos, en este caso los amantes no buscan obtener algo, sino perderlo todo, en primer lugar, su propia persona. Pérdida de los límites de su persona, pues como movimiento violento que es, el erotismo tiene la fuerza de abstraernos del transcurso cotidiano de nuestra vida, el poder de colocar en cuestión las bases, principios y límites sobre las que se sustenta ésta, confundiendo y alterando nuestras prioridades. Nuestra voluntad presentiría frente al deseo que, si cede a él, podría ser llevada a abandonar todos aquellos cuidados que realizamos para mantenernos con vida; como la observancia y cumplimiento de la ley que solemos respetar, o la dedicación con la que realizamos nuestro trabajo, o los proyectos a largo plazo que diseñamos y por los cuales estábamos dispuestos a sacrificar parte de nuestra vida, o la protección de los lazos familiares o amistosos, o también nuestra propia salud, en fin, el sentido mismo de nuestra vida puede trastocarse violentamente cuando el hombre o la mujer es afectado por el deseo.

Estas consecuencias que desencadena el erotismo, son sin duda lo que ha ocasionado que sea una experiencia que tanto fascina como aterra, pero la fascinación y el horror, son como veremos en esta tesis, cualidades y emociones inherentes a los movimientos de la muerte y el deseo, lo cual no representa únicamente una actitud morbosa (que Bataille no objeta) frente a la muerte y el erotismo, sino más bien algo que responde a la paradoja de la propia humanidad y sus deseos, contradicción que se traslada y que funda precisamente la dimensión sagrada de la existencia, envuelta en el mismo horror y fascinación que engendran la muerte y el deseo.

Como ya se ha podido vislumbrar, la presente tesis, tiene como propósito exponer la perspectiva del erotismo en Georges Bataille, desde el vínculo íntimo y paradójico que existe entre él, la muerte y lo sagrado. Vínculo en el cual el erotismo se presenta como una *experiencia interior*, sagrada y perversa al convocar y re-presentar en su despliegue, a la totalidad de la vida en su vertiginoso y avasallador movimiento, y donde de modo muy singular nuestro ser particular se pone en juego y en cuestión al enfrentarse de modo frontal y directo con toda la violencia y fuerza con que la vida se regenera y aniquila en su despliegue. Experiencia erótica, a partir de la cual según Bataille, nos enfrentamos a la muerte y a la angustia con que vivimos frente a ella.

Sería en la particular dialéctica del deseo presentada por Bataille, donde se resolvería la paradoja de la humanidad. Ésta se encuentra dividida, por una parte entre el sufrimiento que le produce estar encerrada y aislada dentro de los límites de cada individualidad pues, pese a convivir con otros, dentro de un mismo mundo, no establecen más que relaciones entre soledades personales, sin vínculos genuinos, anhelando en su congoja un perdido estado de continuidad, que presiente que la muerte podría restablecer. Y por otra parte, esta misma humanidad se angustia ante la posibilidad de perderse en la muerte, siente horror ante su desaparecer, por lo cual se esmera en preservar sus límites, en proteger los lineamientos de cada persona

Esta ambigüedad de los deseos humanos se resolvería y superaría en el deseo erótico<sup>5</sup>, que introduce una crisis en las individualidades discontinuas de los amantes, iniciando un movimiento paulatino de des-poseción de su ser, a un punto extremo que quedan desnudos y vulnerables ante la muerte que ya nos los aterra, por lo cual ya no buscan replegarse sobre sí mismos, sino que en su vulnerabilidad pueden establecer un

<sup>5</sup> Una superación, que no alude a una negación o acabamiento de la contradicción humana de sus deseos, sino más bien, en que el instante del clímax, de la "petite mort" sobrevendría un estado de reconciliación de los deseos, una aceptación de la angustia que ya no impide disfrutar toda la fuerza de la vida.

auténtico vínculo, una comunión entre ellos en el preciso instante en que acontece su ausencia, su muerte. Así, por el deseo seríamos libres por un instante de la angustia de la muerte.

Con el propósito de comprender y reconocer cabalmente la naturaleza, el valor y sentido del erotismo en la obra de Bataille, se debe visualizar globalmente su obra y los conceptos con los que trabaja, como son lo sagrado, lo profano, la vida, la muerte, la continuidad y discontinuidad del ser, la soberanía, la prohibición y la transgresión, etc., a través de los cuales podremos ver cómo el erotismo se instala dentro del orden sagrado de la vida y por qué podría fundar una nueva comunidad entre los individuos a través de la propia negación que lleva a cabo en nuestra persona. Para ello será esencial exponer la cosmovisión de lo sagrado concebida por Bataille, íntimamente ligada a la muerte.

Posteriormente en el segundo capítulo, a partir de lo precedente me centraré en la actividad erótica, especialmente en el “erotismo de los corazones”, como acto sagrado en el cual advendría por unos breves instantes la comunidad y comunión auténtica entre los amantes, que retornan al estado continuo del ser. Aquí expondré la experiencia erótica paralela al acto del sacrificio, y en relación a los ritos, símbolos y movimientos que se ejecutan en su representación que, a semejanza del erotismo introducen la violencia en nuestra interioridad y la exacerba, y nos pone en contacto directo y sin velos con la más alta y violenta monstruosidad que nos sobreviene, la vida.

Finalmente, en el tercer capítulo a través de la figura del Marques de Sade me dedicaré a visualizar la noción de perversión, concepto que resulta inherente a la propia experiencia erótica y su desenvolvimiento como acto transgresor. La elección del Marqués de Sade para ver a través de él, el desenvolvimiento de la perversión en el acto erótico, responde por una parte a que es un autor altamente relevante e influyente en la concepción del erotismo que el propio Bataille desarrollará, así como en sus obras “pornográficas”, especialmente su breve relato “Historia del ojo”. Sin embargo ante todo la elección de Sade responde a que él representará la radicalización de la negación, transgresión y perversión propia del erotismo. Él será el hombre que lleve hasta el punto extremo la destrucción y negación del erotismo, hasta transformarlo en un acto criminal.

# I. LA DIMENSIÓN SAGRADA DE LA EXISTENCIA

*El sacrificador enuncia: “Íntimamente , yo pertenezco al mundo soberano de los dioses y de los mitos, al mundo de la generosidad violenta y sin cálculo, como mi mujer pertenece a mis deseos. Yo te retiro, víctima, del mundo en que estabas y no podías sino estar reducida al estado de cosa, poseedora de un sentido exterior a tu naturaleza íntima. Yo te reclamo a la intimidad del mundo divino, de la inmanencia profunda de todo lo que es.”*<sup>6</sup>

## 1.1. La iniciación religiosa de Georges Bataille.

Georges Bataille desde temprana edad deseo iniciarse e ingresar en un culto, en una sociedad religiosa que congregara a los hombres y derribara el infranqueable abismo que separa a los individuos. Intentó constantemente fundar una auténtica comunidad<sup>7</sup> que lograra tal unidad y comunión entre los hombres, que no permitiese la distinción ni la distancia entre ellos, y entre ellos y el mundo. Sin embargo percibió que tal comunidad era imposible, pues lo único que comparten los seres aislados, es su imposibilidad de fundar una comunidad, de no reunirse más que en torno a la negación de una comunidad, de no ser más que la “comunidad de los que no tiene comunidad”. Mas para Bataille esto es una comunidad, una comunidad que se funda en su propia imposibilidad de fundarse, y para quien desee ingresar e iniciarse en ella, le será imprescindible que ante todo tenga una relación honesta con la vida, con la totalidad de sus manifestaciones y consecuencias, una relación que no excluya ni descarte nada de su realidad, pues sólo así se estaría preparado para enfrentarse al mayor miedo y angustia, sólo así advendría la comunidad, sólo así se soportaría la imposibilidad de ser y no-ser.

La imposibilidad de ser y no-ser, de la continuidad y discontinuidad del ser, de no poder vivir ni morir sin anhelar siempre lo opuesto de lo que se desea, de no poder dejar de perseguir aquello que nos espanta y amenaza, eso es lo que sufren los hombres, y lo que especialmente angustia a Bataille. La paradoja humana, en sincronía con la contradicción de la vida, donde hombres y mujeres no pueden ser auténticamente más que en la impotencia de ser, o en el terror de no-ser, que nunca sienten la intensidad de la vida y de su existencia, más que en el instante en que la pierden. Una comunidad así es imposible y así mismo, imposible debió ser la vida de Bataille. Mas, imposible no es equivalente a insufrible o insoportable, es innegable que vivimos pese a ello, y que a instantes lo disfrutamos, especialmente en esos instantes.

<sup>6</sup> Bataille, Georges. *Teoría de la religión. Cáp. III. El sacrificio, la fiesta y los principios del mundo sagrado. § 1. La necesidad a la que responde el sacrificio y su principio. Madrid. Editorial Taurus Humanidades. 1998. Pág.48*

<sup>7</sup> Cf. Blanchot, Maurice. *La comunidad inconfesable*. 1. La comunidad negativa. La exigencia comunitaria: Georges Bataille. En ella se nos expone las diversas comunidades que Bataille intento fundar, así como la imposibilidad de poder fundar una finalmente.

No, lo imposible no es fastidioso, es lo milagroso, lo sagrado como la muerte, “aquello imposible, pero cierto”<sup>8</sup>, como los arrebatos místicos de Santa Teresa de Jesús, que exclamó “muero porque no muero” que gozó y sufrió la imposibilidad de ser y no-ser, y que alcanzó el éxtasis cuando se confundió con un Dios ausente. Así, lo imposible ligado a lo sagrado, este último como dimensión de la existencia, en el cual se exagera y se transgrede la prohibición que pesa sobre todo arrebato violento que confunda los límites de la individualidad, que ponga en peligro la conservación de nuestra persona.

La persona de Bataille siempre estuvo en peligro, vivió desafiando los lineamientos de su persona, transgrediendo su individualidad, exacerbando la impotencia, siendo al dejar de ser. Su vida, su obra, todas sus acciones en su manifiesta imposibilidad<sup>9</sup>, tuvieron como fin rodearse de una aura sagrada. La transgresión sagrada que fue su precoz obsesión, lo obligó a fijar la mirada y la atención en los ritos y movimientos que se dan y ejecutan en la esfera de lo sagrado, en los gestos, las emociones y los signos que surgen en medio del temblor de una *experiencia interior*, movimiento que significa el directo enfrentamiento con la mayor de las violencias de la vida, la muerte, pero que también da la posibilidad de una relativa y efímera liberación de la angustia que ella nos engendra.

Quizás, la violenta y paupérrima muerte de su propio padre, quien había sido cegado por la sífilis y que murió solo, inválido y abandonado por su familia, significó para Bataille la constatación directa de la acción y efectos de la muerte sobre los individuos. Muerte que le confirmó la soledad humana, así como la insondable ruptura que hay entre los individuos y la abismal distancia entre ellos y el mundo. Desconsuelo que en primera instancia lo acercó a la vida religiosa, pero que muy pronto abandonó, al no aquietar su angustia ante la mortalidad.

Sin embargo, Bataille no menosprecia las experiencias de lo religioso, sino que se centró en profundizar la experiencia misma de lo sagrado, independiente de cualquier religión<sup>10</sup> establecida dogmáticamente. Así, ya que la Biblia no resultó ser la obra que más lo iluminará sobre la experiencia sagrada, se dirigió hacia los estudios sociológicos, antropológicos y etnológicos de Durkheim, Caillois y Marcel Mauss, que significan para él, el acercamiento e iniciación en una forma de vida y de cosmovisión que incidirá marcadamente en su comprensión sobre la experiencia religiosa y el sentido originario de experiencias como el erotismo.

A través de tales lecturas, Bataille desarrolla una especial fascinación por las experiencias religiosas arcaicas, una singular atracción por el horror y violencia que poseen algunas de las prácticas más atroces de este tipo de comunidades que no han racionalizado ni sistematizado su credo como las religiones occidentales. Horror sagrado que se le reveló a Bataille, mientras asistía a sesiones de psicoanálisis con Borel, quien le muestra una fotografía tomada por Louis Carpeaux. En ella se exhibía el suplicio de un hombre chino condenado a ser desollado y destrozado lentamente por haber intentado matar al príncipe. En tal desgarrador espectáculo, Bataille vio peculiares similitudes entre el rostro de un hombre en medio del suplicio y el de un hombre en pleno estado de éxtasis.

<sup>8</sup> Cf. Bataille, Georges. *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona. Editorial Paidós. Pág. 76. Así habría exclamado Goethe al enterarse de la muerte de un amigo.

<sup>9</sup> Escribir, leer, beber, amar, la amistad, todo para Bataille se juega en el instante, y se pierde en él, para jamás volver a recuperarse. Imposibilidad de vivir, de tener y conservar algo más que la impotencia.

<sup>10</sup> Lo sagrado y la religión no son específicamente equivalentes. Lo sagrado para Caillois representaría una fuerza o movimiento, mientras las religiones son instituciones establecidas y estables, regladas sobre un dogma, encargado de administrar lo sagrado.

Imagen que significó para él, la posibilidad de confirmar lo que desde un principio había sido una intuición; la relación íntima entre la terrible y violenta muerte y la experiencia religiosa del éxtasis, afirmando que “Lo que veía súbitamente era la identidad de esos perfectos contrarios que oponen al éxtasis divino un horror extremo”<sup>11</sup>. Una revelación que le comunicó la identidad entre la experiencia de la muerte y la experiencia del éxtasis, al ser ambas, experiencias en las cuales el sujeto sufre el desgarramiento de su ser y finalmente su ausencia. Vínculo que fomentó la obsesión de Bataille por lo religioso y lo lanzó a la búsqueda de sus raíces.

Así, la particular preocupación que Bataille sostuvo por la experiencia religiosa, y la angustiada soledad y muerte de los individuos que marcó toda su existencia, se vio en gran medida revelada en la contemplación de esta fotografía, que confirmó su intuición sobre la existencia de un movimiento vertiginoso, que fundaba la dimensión sagrada de la existencia, es decir, la presencia de un mundo sagrado en donde se presentaba la muerte, y donde se resolvía por un efímero instante la paradoja humana, su imposibilidad de ser y no-ser, por medio de fiestas, ritos y diversas prácticas humanas de gran intensidad que celebraban, condensaban y reproducían la violencia y horror de la vida, y la mayor de ella, la muerte.

### 1.2. La muerte: lo Sagrado y lo Profano.

La experiencia de lo sagrado, como ésta se fue desarrollando a través de la historia es imposible vislumbrarla sin tener a la vista, la concepción que los hombres tenían sobre la vida y por tanto sobre la muerte. Una concepción que regula la totalidad de la vida humana, su sentido y valor, así como desde la cual se establece la división y oposición entre mundo Sagrado y mundo Profano, entre la continuidad y discontinuidad del ser. Mundos y estados entre los cuales se desenvuelve la existencia humana.

En algunos puntos Bataille coincide con las ideas de Roger Caillois expuestas en su obra “*El Hombre y lo Sagrado*”<sup>12</sup>. Mas para Bataille, la visión e interpretación que realiza Caillois sobre la naturaleza y objetos de lo sagrado en las culturas arcaicas, es una visión bastante pobre y superficial, que cae en una comprensión utilitarista sobre las relaciones y fines que los hombres mantenían con el espacio sagrado de su vida<sup>13</sup>.

Para Bataille, lo sagrado, no responde únicamente al deseo de los hombres de contar con el favor de los elementos de la naturaleza o de los dioses, con el fin de asegurar una buena fortuna en sus cosechas o proyectos personales y colectivos. En parte resulta así, pero en gran medida lo sagrado escapa de la dimensión utilitaria y funcional, o al menos no es el valor predominante en su dimensión, que se caracteriza por ser un ámbito existencial profundamente ambivalente y caótico, al conjugar en sí tanto elementos fastos y nefasto, bellos y espantosos, lúgubres y nobles, pues ante todo lo sagrado se presenta

<sup>11</sup> Roudinesco, Elisabeth. *Lacan. Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Cuarta parte. Historias familiares. Cáp. 1 Georges Bataille y Cía. Pág. 186. Argentina. Fondo de Cultura Económica. 1994.

<sup>12</sup> Caillois, Roger. *El hombre y lo sagrado*. México. Fondo de Cultura Económica. 1942. Esta es una obra que intenta exponer la naturaleza, el sentido y valor de la dimensión sagrada de la existencia y de los distintos ritos y actividades que funda.

<sup>13</sup> Cf. Bataille, Georges. *La guerra y la filosofía de lo sagrado*. En: La felicidad, el erotismo y la literatura. Buenos Aires Editorial Adriana Hidalgo. 2004. Pág. 157-171

como el espacio de la prodigalidad, en donde todo lo existente comparece, se dona y pierde borrándose las distinciones claras, consumiéndose toda diferencia, hasta la muerte.

Lo sagrado, vivido por el hombre arcaico como espacio de la prodigalidad y del derroche, está ligado a una concepción y relación con la vida, que desde la perspectiva de Bataille era mucho más auténtica y jovial que la del hombre contemporáneo. La vida era contemplada por el hombre arcaico como un movimiento prodigioso y exuberante, de continua generación y destrucción, que de modo fascinante y aterrador se desenvolvía violenta y avasalladoramente. Y la muerte, la paulatina conciencia que comenzó a desarrollar de ella fue el acontecimiento que le confirmó la violencia y tiranía que la vida ejercía sobre él y sobre todas las criaturas. Desde esta experiencia vivida por el hombre arcaico (como también por el hombre contemporáneo) Bataille nos dice que “Tomada en su conjunto, la vida es el inmenso movimiento que componen reproducción y muerte. La vida no cesa de engendrar, pero es para aniquilar lo que engendra”<sup>14</sup>. La multiplicación de lo seres que lleva a cabo la vida en su proceso de renovación, involucra de modo íntegro a la propia muerte, a tal punto que “la vida es siempre un producto de la descomposición de la vida”<sup>15</sup>, vida que se alimenta y conserva precisamente en la destrucción y aniquilamiento de lo que previamente había creado.

Lo sagrado se constituye desde esta percepción de la vida, como movimiento violento de exceso y destrucción, de nacimiento y muerte, que expone su mayor violencia en el acontecimiento de la muerte. Muerte que genera tal terror y angustia en los hombres, que la erigen como el primer objeto de interdicto, y por tal, como el primer objeto sagrado. Todo objeto sagrado es ante todo, un objeto prohibido, pues la prohibición ordena la distancia y preocupación, declara un cuidado especial sobre lo prohibido, lo cual genera un halo sagrado sobre éste, un culto secreto.

Las primeras sepulturas que se remiten al paleolítico medio, son para Bataille vestigios de la primera prohibición establecida por los hombres, que por medio de ella buscaban impedir la profanación de los cadáveres. Una prohibición que constituiría la primera y más evidente manifestación de un gesto sagrado por parte de los hombres, que hicieron de la propia muerte un objeto sagrado, un acontecimiento que requería una serie de ritos para ser correctamente ejecutado y consagrado, para impedir la contaminación de la muerte sobre el resto de los hombres que aún permanecen vivos.

De este modo, la muerte, aquello “imposible pero cierto” lo no esperado ni por el hombre arcaico y ni por el contemporáneo, se alza como el primer objeto de culto, aquel que funda la dimensión sagrado de la vida, y pese a las dificultades en definir de modo preciso en qué consiste la experiencia de lo sagrado, percibimos con Bataille que “Esencialmente *lo sagrado es un retorno al silencio de la muerte* (y el silencio de la muerte siempre se mantiene sagrado)”<sup>16</sup> y que “Su dominio es el de la destrucción y la muerte”<sup>17</sup>. La muerte posee y contiene tal dominio sobre la vida de los hombres al afectar de modo directo a su ser (y es finalmente la violencia que ponía en cuestión su ser), que debía venerarse y consagrarse

<sup>14</sup> Bataille, Georges. Cáp. VII. Matar Sacrificar. En: *El erotismo*. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005. Pág. 91

<sup>15</sup> Bataille, Georges. Cáp. IV. La afinidad entre la reproducción y la muerte. En: *El erotismo*. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005. Pág. 59.

<sup>16</sup> Bataille, Georges. Sociología. En: *La felicidad, el erotismo y la literatura*. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2001. Pág. 156

<sup>17</sup> Bataille, Georges. La guerra y la filosofía de lo sagrado. En: *La felicidad, el erotismo y la literatura*. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2004 Pág. 164.

a un exclusivo espacio, a una dimensión vertiginosa y fascinante como es el Mundo de lo Sagrado.

Sin embargo, el acontecimiento fáctico de la muerte, es decir, la podredumbre de la carne, no es la causa principal del horror y asco que insta a los hombres a alejarse de los muertos, y a inaugurar un espacio exclusivo donde se celebre la muerte. El espectáculo de la muerte no sólo les exhibía y les declaraba la inevitable desaparición de los hombres, sino que lo más terrible, es que ella les mostró la insalvable distancia que hay entre los hombres, el aislamiento en que viven como individuos, que de pronto toman conciencia que mueren, y que viven con otros que le son extraños, dentro de un mundo que le es ajeno.

Constatan en la muerte el abismo que los separa de todo y de todos, y esa infranqueable separación constituye para Bataille la discontinuidad de los individuos, la distancia y aislamiento en que se encuentran los hombres uno de otros, que los deja encerrados en sí mismos e incomunicados del resto. Discontinuidad de la cual sólo la muerte nos arrancaría.

Y esa es la singularidad de la muerte, la ambivalencia de su acontecimiento que funda la paradoja humana, que inaugura su imposibilidad de ser y no-ser, pues, por una parte nos aterra dejar de ser, la suspensión y destrucción definitiva de nuestro ser, pero a su vez, no seduce la posibilidad de ser aniquilados, de ser arrancados de nuestra discontinua existencia, de acabar definitivamente con el desconcierto que significa ser individuo y sentirnos ajenos al propio ser y al ser de los demás; vislumbrando en la muerte, la posibilidad de retornar a un estado del ser, a un movimiento del ser en donde no tenga lugar la distinción, la separación.

“De este modo se da la paradójica situación de que el individuo desea lo que teme-justamente perder los límites que lo “hacen” ser - movido por una invencible nostalgia por su estado precedente, y sucesivo, de no-ser-individual.”<sup>18</sup>. Estado del “no-ser-individual” que encuentra el individuo en la muerte, vinculado en Bataille a “la continuidad del ser” y que es similar pero no equivalente a la inmanencia de la que disfruta el animal, que no se distingue ni diferencia del resto de los animales ni del mundo, “que está en el mundo como el agua dentro del agua”<sup>19</sup>, que aún permanece en la continuidad del ser.

La continuidad del ser es lo que vislumbramos en el acto de la muerte, que ella (la muerte) abre a la experiencia humana. Es el movimiento continuo que resguarda y convoca lo sagrado, donde se da una plenitud, exceso o demasía de ser en la cual desaparecen los seres particulares, las distinciones genéricas, morales, sociales, estéticas etc., ni aún aquella antinomia entre la vida y la muerte, donde la muerte precisamente no es *nada* que temer. Allí la paradoja de la vida humana, su imposibilidad de ser y no-ser, la contradicción de su querer se exagera, a un punto extremo en que los hombres se pierden, desvanecen y se unen en su ausencia. No se resuelve la contradicción, sino que se intensifica, se la celebra a través de actos sagrados como el sacrificio, las fiestas y las orgías, que nos llevan de modo violento y muchas veces inquietante, a destruir nuestra individualidad y su discontinuidad, con la condición previa de entregar y donar de modo absoluto nuestra persona, acto por el cual se retorna nuevamente al movimiento continuo del ser.

<sup>18</sup> Esposito, Roberto. Cáp. 5. La experiencia. *En*: *Comunitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires. Editorial Amorrortu. 2003. Pág.196.

<sup>19</sup> Bataille, Georges. Primera parte. Los Datos fundamentales. 1. La Animalidad. &1. La inmanencia del animal devorador y del animal devorado. *En*: *Teoría de la Religión*. Madrid. Editorial Taurus Humanidades. 1998. Pág. 22.

Sólo ser en el instante en que se deja de ser, en el momento en que no se es más, es lo que persigue de modo violento y crudo el sacerdote en el sacrificio, una actividad litúrgica que a través de la muerte pública de la víctima, busca en la liberación de la angustia por la muerte, arrancarnos del estado aislado en el que nos encontramos como individuos. Sumiéndonos bajo el estado vertiginoso y ferviente que rodea el sacrificio, elevándonos al éxtasis que suele arrobar a un solo sujeto, y que en este acto sagrado se extiende a la totalidad de los espectadores que, dejando de ser individuos, pueden volver al estado continuo del ser, donde finalmente logran ser, cuando dejan de ser.

Mas, nunca hemos vivido la mayor parte de nuestra vida celebrando la muerte, alentando su venida. El temor con que la reverenciamos en el mundo sagrado, intentamos racionalizarlo en el Mundo Profano<sup>20</sup>. Allí, a través de la razón, la ley y el trabajo, pretendemos disminuir la violencia con que nos avasalla. Ilusamente creemos poder excluirla de nuestra vida, pero es imposible, ya que el propio Mundo Profano reafirma su violencia, al inaugurarse por ella. Además, la instauración de la ley y la prohibición de la dimensión profana, no se fundamentan tanto en nuestra racionalidad, como en nuestra sensibilidad, debido a que el interdicto, la ley que prohíbe, es una violencia que nace de nuestro miedo a la muerte, que intenta responder y confrontar la violencia que la vida y su exceso comete sobre nosotros.

Pese a lo absurdo de responder a la violencia con más violencia, en el mundo profano sólo por eludir a la muerte, los hombres se reproducen (para vivir a través de sus hijos) trabajan, perfeccionan sus herramientas e incluso son capaces de hacer de los otros, una herramienta, un útil que sirva a la conservación del grupo colectivo. Como dice Campillo "El propio hombre se convierte en útil, en un elemento funcional de la cadena reproductora, y todas sus acciones deben subordinarse a ella."<sup>21</sup>, lo que ocasiona que el hombre se convierte "en un objeto para sí mismo, en una cosa clara y distinta, susceptible de ser conocida y utilizada"<sup>22</sup>. Estado servil que se refuerza aún más al instaurar leyes y prohibiciones que impidan el libre curso de la muerte y la violencia dentro de su orden, que velará siempre con el único fin de la supervivencia y la máxima duración de las vidas.

Así toda la historia humana, es la historia de la fascinación y terror a la muerte, donde mientras el Mundo Sagrado se sostiene sobre el principio de la destrucción y el gasto, el Mundo Profano lo hace sobre el principio de conservación y utilidad. Al comienzo hubo una especie de equilibrio entre ambas dimensiones humanas. Las primeras asociaciones humanas concedían un gran espacio y tiempo a las actividades de orden sagrado, pues reconocían que es, en la dimensión sagrada de la existencia, donde se juega y se pone en cuestión de modo pleno y directo nuestra vida interior. Ello no significa que en el mundo cotidiano del trabajo y la ley, en lo profano de nuestra existencia no participemos íntimamente en lo que hacemos. El deseo de sobrevivir y de conservar nuestro ser, claramente es algo que nos remite a nuestra interioridad. Sin embargo, lo que en el Mundo profano es prohibido por un miedo ancestral a la muerte, en el Mundo sagrado es transgredido por una superación de esa angustia, lo que proporciona una soberanía y libertad que no podría experimentarse de otro modo.

<sup>20</sup> Mundo que se constituye desde el trabajo, desde la actividad utilitaria y funcional que tiene en miras la adquisición y no el gasto. Correspondería al mundo público, al de la ley y el trabajo.

<sup>21</sup> Campillo, Antonio. Introducción. *El amor de un ser mortal*. En: Georges Bataille. *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona. Editorial Paidós. 1996. Pág. 17

<sup>22</sup> *Ibíd.*

Es en el mundo de la fiesta, del sacrificio, de las orgías, de los ritos, del derroche, del *Don* donde finalmente nuestra interioridad se expresa a un punto que le permite la plena y absoluta comunicación y comunión entre los hombres, que transgreden los límites de su individualidad discontinua. Esta transgresión que se ejecuta en el espacio de lo sagrado, que permite que la muerte se presente y produzca sin que nos aterre<sup>23</sup>, era reconocida por las primeras comunidades humanas, que sin rechazar o destruir el orden profano de su vida, podían lidiar de modo más jovial y sano con las violencias y catástrofes propias de la existencia. Sin embargo un paulatino desequilibrio comenzó a instalarse entre ambas dimensiones de la existencia humana. Un mundo, invadió al otro sin medida.

Una progresiva racionalización y moralización que en principio se reservaba y que dominaba exclusivamente sobre el orden profano, comenzó a introducirse sobre la dimensión de lo sagrado y sobre las actividades que lo celebraban. Así, si en principio el hombre arcaico fundó una cosmovisión de lo sagrado que involucraba y reconocía tanto elementos nefastos y fastos, buenos y malos de la existencia y donde los sacrificios y las orgías (que hoy en día nos puede resultar atroces) respondían a la necesidad misma del Mundo Profano de dar cabida a la violencia, como una forma de liberarla y consumirla, a través de la racionalización y moralización, se determinó la soberanía de un mundo sobre el otro: la del mundo profano sobre el mundo sagrado, y dentro de lo sagrado se decretó la soberanía del bien, soberanía en la cual, por no responder a lo más racional y moral del hombre, se excluyó de lo sagrado todos aquellos elementos, actividades y objetos que instaban a la disipación y a la destrucción, los cuales desde ese entonces serán consideradas como malignas y demoníacas.

Esto llevó a condenar y prohibir estas actividades, al punto de no constituir más que aficiones a las que se abandonaban sujetos ignorantes, frívolos, malvados si no enfermos. Mas para Bataille, en ellas el hombre arcaico reconocía una dimensión de la vida que no tiene por fin conservar la vida, sino celebrarla. Constituían experiencias que nos permitían sumirnos en el espacio de lo sagrado, donde *nada* se esperaba porque la muerte ya no angustiaba a quien, ya nadie era.

### 1.3. Economía restringida y economía general. La Soberanía.

A partir del progreso de la razón que cada vez adquiere mayor protagonismo sobre la existencia humana, es que lo sagrado de la existencia se matizará de los principios que rigen el mundo de la ley y el trabajo, y se reducirá a un conjunto de normas y principios morales al que le rendimos cultos todos los domingos del año. Así, el Mundo Profano comienza a absorber la mayor parte de nuestra existencia, lo que provoca que la vida de esta manera se reduzca a su conservación, pues aquellas instancias transgresoras que constituían la posibilidad de liberarnos y poder disfrutar y gozar de la vida sin sufrir la angustia por la muerte, han sido totalmente normalizadas según principios y fines ajenos a su raíz.

Sabemos que nuestras labores no consumen la totalidad de nuestras energías y recursos, que nuestra existencia, nuestro proyecto de persona no se realiza exclusivamente

<sup>23</sup> Sin duda siempre producirá terror, incluso y especialmente en las experiencias y actos del mundo sagrado, pero es un terror que no nos agobia al punto de replegarnos sobre nosotros mismo, es un terror que en su celebración nos disgrega y libera.

en la ejecución de un trabajo, sin embargo, estamos casi totalmente reducidos a nuestras labores y funciones prácticas, donde la mayor parte de nuestras decisiones y acciones tienen en mira únicamente el futuro. La economía del mundo registra y valora únicamente aquellas actividades en las cuales todo el gasto y consumo de energía que lleven a cabo los miembros de la sociedad se realicen en pro de un beneficio o ganancia en el porvenir. Ganancia que significa el incremento de la fuerza productiva de los hombres, que le permitirá asentarse con mayor fuerza a la vida.

Para Bataille, esta economía restringida del orden profano, proyecta todas nuestras decisiones y acciones en vista al porvenir, lo cual recalca aún más nuestra discontinuidad, al vivir siempre esperando ser y nunca siendo. Desde la pérdida de la comunión animal, hemos vivido progresivamente negando los diversos impulsos y deseos que nos sobrevienen, racionalizando y economizando nuestras conductas, especialmente aquel impulso a la violencia que nos puede llevar al asesinato, como también aquella violencia que nos lleva a reproducir, el acto sexual.

Estas dos violencias e impulsos son las primeras prohibiciones que el ser humano instaló, pero también son las primeras acciones humanas que se regularon económicamente, pues la agresividad, el impulso destructivo de los seres humanos se supeditó y restringió a la empresa de la guerra, por las ganancias y beneficios que proporciona a las naciones. Mientras, la violencia sexual se subordinó a la procreación y conservación de la especie, es decir, a la adquisición de mayor fuerza productiva para el grupo colectivo.

Desde esta lógica económica, en el mundo son descartadas y marginadas todas aquellas actividades que son improductivas, es decir que no incrementan los bienes ni la fortaleza de los hombres, esenciales para preservarse. Bataille en oposición a la economía restringida que vela por las actividades productivas, que gira en torno a conceptos como ganancia, utilidad, y adquisición, propone una economía general de la vida que vele por, y reconozca todas aquellas actividades improductivas, en las cuales hay un gasto sin límite y sin proyección de las energías poseídas, donde lo que destaque sea el derroche, la exuberancia, la donación, la destrucción y la pérdida. En específico, para Campillo la economía general de Bataille se centra alrededor de tres formas de gasto improductivo; la religión, el erotismo y la actividad artística<sup>24</sup>, pero también se incluyen dentro de ella, experiencias como la risa, las lágrimas, el juego, la cólera, la embriaguez, el éxtasis, el combate, lo divino, lo diabólico, la belleza, el crimen, la crueldad, el espanto, el asco, etc., que a su modo particular despiertan el conflicto entre ser y dejar de ser.

Mas, ¿Por qué se han rechazado o menospreciado estas actividades con tanto ahínco e incluso fervor a través de la historia? Claramente siempre han existido y se han dado dentro del Mundo Profano, pero siempre ha habido una especie de aprehensión con respecto de ellas, un cuidado y precaución especial en tales experiencias. Podemos reconocer que cuando la risa nos sobreviene de modo repentino, algo en nosotros se interrumpe, puede ser el pensamiento en que nos encontrábamos absorto, o la tarea que realizábamos en ese momento, como sea ello se suspende de modo abrupto cuando nos abandonamos al instante de la risa.

Todas estas experiencias interiores son ajenas e indiferentes al porvenir y al deseo de conservar el ser propio, y con ellas no obtenemos ningún tipo de ganancia. Su tiempo es el instante en que sobrevienen, instante al cual nos deslizamos del quehacer en que nos

---

<sup>24</sup> Cf. Campillo, Antonio. Introducción. El amor de un ser mortal. En: Georges Bataille. *Lo que entiendo por soberanía*. . Barcelona. Editorial Paidós. 1996. Pág. 22

ocupábamos. En esta ocasión fue la risa la que nos abstraigo abruptamente y nos dio la oportunidad de disponer por un instante de nuestra persona, de ofrecerla a lo jocoso del instante, pero hay otras experiencias interiores de mayor complejidad que de modo más violento e impetuoso nos arranca de la cotidianidad práctica de la existencia, introduciendo la crisis en los individuos.

El más destacable, el deseo erótico, que surge con tal imperiosidad en el instante en que algo, alguien, responde al movimiento de nuestra interioridad, (profundamente oscura y confusa) suceso fortuito en el cual de modo repentino sobreviene a los individuos un exceso de energía y ardor que los sume en un movimiento vertiginoso, retirándolos del orden regular de la cotidianidad, del trabajo o de la corriente del pensamiento en que se hallaban sumergidos. Caen en una crisis que los angustia, pues remece su ser discontinuo de modo directo, y a la vez que les aterra, les resulta fascinante ese estado de disolución y dispersión en que los sume la experiencia de la ruptura, fascinación que los puede llevar a la consumación y consumición de todo aquel exceso de brío al punto de destruir su yo discontinuo, que ya no espera ser, sino que finalmente es, justo en el instante en que se pierde.

Que únicamente se logre ser en el instante de la muerte, y que el erotismo nos conduzca a ello, es lo que lo convierte en una actividad sagrada e íntimamente vinculada con la muerte. La economía general de la vida de Bataille gira en torno al acontecimiento que significa el gasto y consumo definitivo de la fuerza y energía total de la vida de los hombres, la muerte, que nos atrae y espanta, una dicotomía y ambigüedad que se manifiesta y traslada a las experiencias interiores, ya que si hay algo que caracteriza peculiarmente a aquellos objetos que nos afectan, es que generan reacciones emocionales muy contrapuestas, no siendo raro que aquello que nos causa sollozo, tenga un aspecto que nos cause risa, o que el lamento y quejido angustiante de nuestra garganta, sea muy similar o coincida incluso en forma y contenido con una carcajada estruendosa y seca.

Este peculiar fenómeno de yuxtaposición emocional es constantemente explorado por Bataille y se encuentra especialmente expuesto en su obra "*Lo imposible*" que expone precisamente el inquietante y oscilante movimiento erótico. En las diversas historias que nos relata, estamos frente a unos personajes que identificados con letras, experimentan de modo exacerbado emociones opuestas generadas por el mismo objeto, ya sea un amante, un hermano o la propia persona, declarando que el objeto amado con la misma fuerza que los atrae, los repugna y espanta.

Esta paradoja también es algo que desarrolla en "*La experiencia interior*", donde Bataille nos dice que la experiencia es "un viaje hasta el límite de lo posible para el hombre. Cada cual puede no hacer ese viaje, pero, si lo hace, esto supone que niega las autoridades y los valores existentes que limitan lo posible"<sup>25</sup>. Específicamente Bataille se refiere al movimiento del éxtasis, aquel estado de elevación donde se llega, "al punto extremo de lo posible"<sup>26</sup>. A ese punto se podría llegar a través de las experiencias interiores que son diversas formas de viaje, y en todas ellas al llegar a un determinado punto adviene un estado de disolución de los individuos involucrados, lo que recuerda mucho el éxtasis al que sucumbe Teresa de Ávila, en que no hay distinción entre el placer y el dolor, entre la felicidad o la angustia con que sufren el desgarramiento de su ser, su ausencia y la imposibilidad de ausentarse, de no-ser definitivamente.

<sup>25</sup> Bataille, Georges. Primera parte. Esbozo de una introducción a la experiencia interior. Párrafo II. La experiencia como única autoridad y único valor. *En* : *La experiencia interior*. Editorial Taurus. Madrid. 1989. Pág. 17

<sup>26</sup> Op. Cit. Pág. 18.

La transgresión de los límites y de lo posible que se realiza en este viaje interior, es la razón por la cual hay un rechazo a una autoridad y a la imposición de un fin ajeno al propio despliegue de la experiencia interior<sup>27</sup>. Rechazo que nos convierte en soberanos, que nos da una soberanía que nada tiene que ver con la soberanía que reclaman los países, precisamente porque “el más allá de la utilidad es el dominio de la soberanía”<sup>28</sup>, que se inserta dentro del orden sagrado y que por tanto se vincula con la muerte y la requiere, es decir, que necesita “*lo imposible haciéndose verdadero, en el reino del instante*”<sup>29</sup>, lo cual acontece cuando los hombres se dan y entregan al tiempo presente.

Desde la concepción de Bataille, una acción tan frívola como beber u observar el amanecer nos puede volver soberanos<sup>30</sup>, pues la soberanía es un estado que se juega en el instante sagrado en que los hombres y mujeres son sustraídos del orden funcional y práctico del mundo y se abren a la posibilidad de disponer libremente de ellos y del mundo. La donación (y no la acumulación) de este modo, constituye la cualidad y condición esencial de quien es soberano, sin embargo, hay experiencias de mayor complejidad que de algún modo contienen en sí la totalidad del movimiento de la vida, enfrentándonos con cada una de sus facetas, por lo cual exigen mayores sacrificios de parte nuestra, una mayor donación y entrega, que sin duda desajustará en mayor medida nuestra individualidad. Una de aquellas experiencias interiores, es el erotismo.

La experiencia interior del erotismo no constituye una más de las actividades improductivas, fuertemente regulada por el orden profano. Ningún orden social ha podido nunca prescindir de la actividad sexual, ni las religiones rechazar totalmente esta actividad como vergonzosa y pecaminosa sin poner en peligro la conservación de una especie que rinda culto a la divinidad. Ni aún la supeditación de la actividad sexual a la reproducción ha podido detener la presencia y el desarrollo de una experiencia interior de tal exquisita sensibilidad, que despliega en su movimiento tal variedad de emociones intensas y violentas.

Por la violencia con que sobreviene el deseo a los seres humanos, es que desde el punto de vista de la economía restringida, ha constituido una de las actividades más riesgosa y peligrosas para el orden social, pues ha llevado a hombres y mujeres a cometer las acciones más grandiosas y también las más viles, desde el sacrificio del amado, al suicidio del amante, ya que es tal la perturbación que se gesta en nuestra intimidad, que la muerte deja de angustiar, y cuando ello sucede, el hombre deja de empeñarse tan

---

<sup>27</sup> Cf. Bataille, Georges. “Primera Parte. Esbozo de u introducción a la experiencia interior”. En: *La experiencia interior*. Editorial Taurus. Madrid. 1989. Bataille rechaza el uso utilitario que realizan algunas cosmovisiones místicas sobre la experiencia interior del éxtasis, así como del acto sexual, que las promueve y aprecian en tanto medios para lograr una posible liberación del alma, como búsqueda de la “salvación espiritual”, y no como experiencias con un fin en si mismas.

<sup>28</sup> Bataille, Georges. Cáp. 2. La parte maldita, III. La soberanía. I. El conocimiento de la soberanía. 2. Los elementos fundamentales: el consumo más allá de la utilidad, lo divino, lo milagroso, lo sagrado. En: *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona. Editorial Paidós. 1996. Pág. 64.

<sup>29</sup> Bataille, Georges. Cáp. 2. La parte maldita, III. La soberanía. I. El conocimiento de la soberanía. 5. La equivalencia de lo milagroso negativo (de la muerte) y de lo positivo (fin de las consideraciones sobre el método). En: *Lo que entiendo por soberanía*. Barcelona. Editorial Paidós. 1996. Pág. 77.

<sup>30</sup> A lo largo de la historia y de la constitución de la economía restringida, soberano era quién concentraba en si las mayores riquezas que le permitían disponer a su capricho de sus súbditos, sin embargo su soberanía no era plenamente suya, pues requería el reconocimiento de sus súbditos.

decididamente en conservar su vida. Un hecho que sin duda, si fuese extendido a nivel colectivo pondría en cuestión la conservación de una sociedad.

El erotismo pertenece al orden de lo sagrado, pero desde Bataille podemos ver que la actividad erótica de los hombres no resulta otra actividad improductiva más digna de reparos, como tampoco es una más de las manifestaciones de lo sagrado. De algún modo en ella se concentra y sintetiza toda la oscura, confusa y peligrosa naturaleza de lo sagrado, reuniendo en ella las diversas experiencias de este orden y proporcionando una soberanía a los individuos, que exige una fuerte resistencia a la angustia y al espanto.

## II LA SACRALIDAD DEL EROTISMO.

### 2.1 La comunidad de los amantes.

Si en un principio la religión<sup>31</sup> era la institución social encargada de reunir y congregarse de modo fuerte e íntimo a los hombres hoy en día, producto de la racionalización y moralización que se introdujo dentro del orden sagrado, su sentido original ha sido profundamente profanado y alterado, al punto de no poder lidiar ni sobrellevar con la diversidad de violencias y agitaciones que asedian a la interioridad humana.

Frente a esta situación y estado de la religión, Bataille en artículos como *La conjuración sagrada* y *La práctica de la alegría frente a la muerte* busca fundar una nueva forma de comunidad humana, que renueve y re-actualice la dimensión sagrada de la existencia. Con este objetivo en miras, va tras una *experiencia interior* que de manera plena vincule a los hombres íntimamente. Esta experiencia común no será en Bataille ni en Blanchot otra que la muerte, específicamente la experiencia de presenciar “la muerte del prójimo<sup>32</sup>”, una muerte que de modo singular me conmueve y concierne “me pone fuera de mí”, me saca de mi encerrado ser discontinuo, me abre a la comunidad. Como dice Georges Bataille: “si ve a su semejante morir, un vivo sólo puede subsistir *fuera de sí*.”<sup>33</sup>

La muerte del otro que es mi prójimo, estremece la raíz de mi ser, desgarrar mi individualidad, pues en la paulatina ausencia que se cierne sobre mí, experimento mi propia ausencia, mi propia muerte. A través del desgarramiento recíproco que se da en la presencia de la muerte del prójimo, es que la muerte se erige como la experiencia que funda la comunidad<sup>34</sup> entre los hombres, aquella que ocasiona que finalmente uno se vuelva hacia el otro, se comunique con el otro, sintiendo por un instante una continuidad entre ellos, aunque sea justamente en el instante mismo en que se disuelven y mueren.

Esta comunidad de los ausentes, era la comunidad que instalaba lo sagrado, la cual a través de la práctica del sacrificio y de la contemplación de la muerte sangrienta de una víctima, vinculaba a todos sus espectadores y los reintroducía en el movimiento de la continuidad. Por otra parte, aunque se rumoreó que la amante de Bataille, Colette Peignot se ofreció como víctima para el sacrificio, organizado por la mística comunidad de Acephalé que Bataille presidía, éste nunca llevó a cabo ningún sacrificio, ni ocasionó ni animó la muerte de nadie, pues no es necesario presenciar la muerte física de alguien, para experimentar la comunión en la destrucción.

<sup>31</sup> Cf. Benveniste, Emile. *Diccionario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid. Taurus. 1983. En latín *religio* proveniente del verbo en latín *re-ligare*. El prefijo *re* funciona como un intensivo del verbo *ligare* “ligar, atar o amarrar”, de modo que religión alude a la acción de reunir y congregarse de modo profundo.

<sup>32</sup> Cf. Nota del traductor que nos indica que el prójimo no alude al otro, a una alteridad, sino al prójimo en tanto es el próximo a mí, en el cual yo estoy presente, y más presente cuando éste, se ausenta muriendo. En: Maurice Blanchot. *La comunidad inconfesable*. Madrid. Editorial Arenas Libros. 2002. Pág. 23.

<sup>33</sup> Bataille, Georges. En: Maurice Blanchot. *La comunidad inconfesable*. Madrid. Editorial Arenas Libros. 2002. Pág. 24

<sup>34</sup> Comunidad que es ausencia de comunidad, pues se establece precisamente en la ausencia de los hombres, en el momento en que ya no son.

Bataille no tuvo necesidad de sacrificar a Colette Peignot para establecer la comunión entre ellos, el amor y su correspondiente deseo erótico debió trastornarlos de tal manera, que sus indivisas personas se desgarraban en un vertiginoso movimiento de disolución que forjaba un vínculo entre ellos, que difícilmente hubieran alcanzado de no amarse. Mas, ¿Qué ligó a Colette y Bataille (y viceversa)?, ¿Cuál el principio de su atracción y amor?, ¿Intereses intelectuales, gustos similares, el aspecto físico, la soledad, una existencia constantemente al límite de sus posibilidades? ¿En qué medida estos asuntos pudieron afectarlos, impulsarlos a ser amantes y no meramente amigos? ¿Cuál el detonante de su relación?

Si leemos a Bataille descubrimos que el erotismo “es uno de los aspectos de la vida *interior* del hombre. No debe engañarnos el hecho de que busque incesantemente un objeto de deseo *en el exterior*. Pues si ese objeto existe como tal, es en la medida en que responde a la *interioridad* del deseo. Nuestra elección de un objeto nunca es objetiva; aun si eligiéramos una mujer que la mayoría, en nuestro lugar, hubiese elegido, la elección de la mayoría se funda en la similitud de la vida interior de unos y otros, y *no en una cualidad objetiva* de esa mujer que sin duda, si no tocara en nosotros lo más íntimo del ser interior, no tendría nada que forzara nuestras preferencias”<sup>35</sup>. Así, lo deseado en tanto deseado, es tal en la medida en que responde a la interioridad de alguien, y sólo en esa medida ser lo deseado”, como Colette sólo pudo afectar a Bataille, ser deseada por él, en la medida en que respondió al confuso y oscuro movimiento interior de él, y viceversa.

Esta respuesta recíproca en los amantes, introduce en el uno y en el otro un desorden en sus personas, desorden que es la muerte, la misma que funda la dimensión sagrada, y que en la experiencia erótica impulsa el acercamiento de los amantes que van tras la negación de las distancias, de la discontinuidad, tras la pretendida ilusión de continuidad, pero es a su vez también la muerte, la desesperación de morir, la que los aleja y los encierra en su individualidad. Una contradicción que sólo exacerba la intensidad del movimiento erótico, y reafirma la comunidad de los amantes.

## 2.2 El Erotismo y la Muerte.

El erotismo siempre ha mantenido una relación con la muerte. Resultan conocidos los planteamientos de Freud sobre la asociación entre Eros y Thanatos, en los cuales se concibe al Eros como el principio de la vida, aquel impulso que nos lanza a la reproducción, mientras por otra parte Thanatos se presenta como el principio de reposo, el deseo de no desear, el sosiego y cese de las pasiones. En Bataille el vínculo y la dinámica que establece entre el erotismo y la muerte no se expresa desde tales principios, no hay una afirmación de la vida a través de la reproducción, ni en la muerte una búsqueda del cese de las pasiones y deseos.

Bataille en la introducción de su obra “*El Erotismo*” nos dice de forma directa y rotunda que el erotismo “es la aprobación de la vida hasta en la muerte”<sup>36</sup>, una afirmación que aunque no es una definición, es la más cercana representación del erotismo. La “aprobación de la vida” que el erotismo significa no apunta directamente a la actividad

<sup>35</sup> Bataille, Georges. *El erotismo o el cuestionamiento del ser*. En: La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1944-1961. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2004. Pág. 338.

<sup>36</sup> Bataille, Georges. *El erotismo*. “Introducción”. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005 Pág. 15

sexual reproductiva, el erotismo precisamente se desmarca del deseo de procreación, es la transgresión de la ley que dirige la actividad sexual a fines reproductivos. Por el contrario el erotismo es “la aprobación de la vida hasta en la muerte” en tanto es una experiencia que reproduce la vida como movimiento de violencia, exuberancia, tragedia, exceso, desgaste y angustia, celebrando y afirmando su continua renovación y aniquilación.

En ese sentido debe ser comprendido el erotismo como “aprobación de la vida hasta en la muerte”, en tanto experiencia interior en la cual no se manifiesta el deseo de mantener y conservar la vida, sino el deseo de gozar y celebrarla en todo su despliegue. Es por ello que se dice “hasta en la muerte”, pues ella constituye el mayor de los excesos y violencias de la vida, a la cual se enfrentan los amantes cuando les sobreviene la repentina violencia del deseo y experimentan la sensación de desagarrarse y quebrarse, hasta finalmente desfallecer en “la petite mort” donde se hurtan a su individualidad.

Con ello se relaciona lo afirmado por Bataille: “*el erotismo es lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser*”<sup>37</sup>. Cuestionamiento del ser, debido a la muerte ínsita en la experiencia interior del erotismo, la que de modo violento altera e inquieta la individualidad cerrada de los hombres, pero que también se debe a que el erotismo, al poner en cuestión su ser, pone en juego la totalidad de la existencia, es decir la vida, la muerte, la continuidad y la discontinuidad del ser, la violencia, la angustia, la lucidez, el amor más grande, el deseo más cruel, en fin, pone en juego lo más noble y abyecto de la humanidad.

El deseo erótico nos enfrenta a la totalidad de la vida en un instante que resulta infinito, instante en el cual “Yo me pierdo”<sup>38</sup>, transgrediendo los límites de mi cerrado ser. La transgresión que es el erotismo, no elimina la prohibición que hay con respecto a la actividad sexual, y más aún no busca hacerlo, pues es complementaria a ella, en tanto es la transgresión, la superación y liberación organizada<sup>39</sup> de una violencia que se reconoce que no puede contenerse de modo permanente con prohibiciones, sin desatar posteriormente mayores destrucciones. Además muy especialmente el erotismo es deudor de las prohibiciones que han restringido y regulado la práctica sexual, pues esas mismas sujeciones y restricciones, han ocasionado que la actividad erótica de los hombres y mujeres sea una de las experiencias interiores más fértiles, variadas, creativas e innovadoras que posee la humanidad, pudiendo desarrollarse y manifestarse a través de los más simples y triviales gestos humanos u objetos, los cuales pueden en determinadas ocasiones, y muchas veces de modo repentino, responder a nuestra interioridad y desbordarnos.

De este modo, producto de la misma regulación que afecta a la actividad sexual, el erotismo se ha caracterizado por ser una experiencia que se desenvuelve de modo clandestino, oculto y secreto, como todo acto sagrado, que sólo en las fiestas a través de las orgías podía desatarse y exhibirse de modo público y colectivo, donde la certeza de estar transgrediendo la prohibición de abandonarse a las pasiones, aumentaba la intensidad del goce sensual.

<sup>37</sup> Op. Cit. Cáp. I. El erotismo en la experiencia interior. Pág. 33.

<sup>38</sup> Ibíd. Pág. 35

<sup>39</sup> La transgresión, no nos devuelve al estado animal, al olvido de las leyes y normas sobre las conductas. Es la liberación de la violencia, teniendo en cuenta esa prohibición, experimentándola y regocijándose en su transgresión.

## 2.3 Sacrificio y Erotismo: Modos de Desnudez.

La vinculación entre la actividad erótica y la religiosa es clara para Bataille. Aunque la religión cristiana haya pretendido excluirla del orden sagrado, y pese a ubicarla dentro de lo demoníaco, del dominio del pecado y el mal, como asunto pecaminoso, sigue conservando un oscuro halo divino. Aún el diablo es sagrado, y debido a ello existen similitudes entre las pasiones de la santa y el voluptuoso, similitudes que no hacen imposible que en el mismo hombre o mujer habite un libertino y un santo, personalidades que a su modo aspiran a la disolución, al desprendimiento de su ser, por medio de una experiencia que los desborde. Sin embargo, el vínculo entre la experiencia religiosa y el erotismo, es mucho más evidente si se analizan los gestos y signos que se dan tanto en el sacrificio de una víctima como en la entrega del amado al amante, ambas como formas de dar muerte.

El sacrificio era por lo general un ceremonia pública, en la cual una víctima se ofrecía, donaba su persona<sup>40</sup>, su ser discontinuo. El sacrificador a través de ritos que nos resultarían hoy en día brutales y espeluznantes, irá desnudando paulatinamente a la víctima de su discontinuidad, en primer lugar de la ropa que reguardar su individualidad y luego de la piel que recubre su cuerpo aislado, hasta exponer su carne y sus órganos, luego “la víctima muere, y entonces los asistentes participan de un elemento que esa muerte le revela. Este elemento podemos llamarlo, con los historiadores de las religiones, lo sagrado. Lo sagrado es justamente la continuidad del ser revelada a quienes prestan atención, en un rito solemne, a la muerte de un ser discontinuo”<sup>41</sup>.

Se ha de observar que el sacrificio es una representación teatral trágica, pues el drama es necesario para conmover a los espectadores, y provocar en ellos un tipo de catarsis que, más que liberarlos de sentimientos de compasión que los debilita, busca arrancarlos de su aislada individualidad al presenciar el paso violento de la víctima, de la discontinuidad a la continuidad.

Por otra parte, los tres tipos de erotismo que Bataille identifica, como erotismo de los cuerpos, de los corazones y el sagrado, varían en la intensidad de la fusión y comunión que fundan, y representan movimientos en los cuales lentamente hombres y mujeres se van despojando de su individualidad. La individualidad para Bataille, como ya se ha comentado es una herida, aislados en nuestra persona, la convivencia cotidiana con los demás escasamente logra conmovernos, los otros son algo que pasa de soslayo, su interioridad me está vedada, y la propia comúnmente también. Pero he ahí que el deseo sobreviene, un objeto, alguien responde a él, comienza el desequilibrio. Si es atracción de los cuerpos, se preservará la discontinuidad, incluso durante el contacto físico, pero sí la pasión continúa y se prolonga más allá de la fusión de los cuerpos, la continuidad entre los individuos se torna real.

El sacrificio violentaba por el espectáculo sangriento de ver destrozarse a alguien, mientras, por otra parte, la pasión erótica introduce y manifiesta una violencia aún mayor que la que se ejecuta sobre un cuerpo, pues altera la raíz de nuestra intimidad. En medio de la pasión “Le parece al amante que sólo el amado – cosa que proviene de correspondencias difíciles de definir, donde a la posibilidad de unión sensual hay que añadir la de la unión de los corazones - puede, en este mundo, realizar lo que nuestros límites prohíben: la plena

<sup>40</sup> Para Georges Bataille, sacrificar no es matar, sino dar.

<sup>41</sup> Bataille, Georges. VII. Matar y Sacrificar. En: *El erotismo*. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005. Pág. 87

confusión de dos seres, la continuidad de dos seres discontinuos<sup>42</sup>. El amante ve en el amado la posibilidad de curar la herida de su individualidad, de pasar de la discontinuidad a la continuidad, es decir de resolver la paradoja de su ser que quiere lo que teme (lo que no quiere), pues si no se cree capaz de afrontar la muerte solo, de superar su angustia, a través de su amado posee la fuerza necesaria para enfrentarla.

Por el amado, la muerte ya no significa nada, o al menos el terror de dejar de ser, de no-ser-individual, es menor a la angustia de no-ser-juntos. Los desajustes que provoca la pasión, hacen que dejar de ser sea posible, sólo en cuanto se deja de ser en comunidad, en comunicación con otro que deja de ser, que también se hurta a la discontinuidad. Así, del mismo modo que el sacrificador con su víctima, la desnudez es el objeto del erotismo, pues “El amante no disgrega menos a la mujer amada que el sacrificador que agarrota al hombre o al animal inmolado. La mujer, en manos de quien la acomete, está desposeída de su ser<sup>43</sup> El amante tanto interior como exteriormente desnuda y desprende paulatinamente al amado de las capas de su discontinuidad, comenzando por retirarle las ropas que cubren el cuerpo, prendas que repliegan al ser en sí, que le permiten funcionar<sup>44</sup> en la vida. Retirándoselas, quiere tocar el cuerpo, la piel, los lineamientos de su persona, invadir su carne, acciones con los cuales experimenta el propio amante su desnudez en medio de las caricias con las que desnuda al amado, como bien lo describe Malcolm de Chazal “Como la mujer que en la habitación desviste cada vez más sus formas a medida que aumenta el deseo, la sensación de desnudez interior aumenta en nosotros con intensidad creciente, a medida que sube la llama del amor, sin que el hombre experimente la sensación de total desnudez más que en la cumbre suprema de la voluptuosidad<sup>45</sup>. Desnudez plena, física e interior que alcanzan los amantes en la cumbre, a través de la muerte que oscila bajo las caricias, los gestos y acciones de uno y del otro.

Si la desnudez es el objeto del amor y del sacrificio, a través de ella “Lo que el acto de amor y el sacrificio revelan es la carne<sup>46</sup>, carne ocultada por las ropas, carne que violentada por el deseo, deja atrás la decencia, y excitada y convulsionada se torna voluptuosa y exuberante, exhibiendo los amantes descaradamente sus órganos sexuales que se sacian mutuamente en su contacto. Este exceso o voluptuosidad que es el deseo y que inflama la carne, lentamente va debilitando el sentimiento de sí de los amantes, que similar a como el sacrificador destroza a su víctima, el deseo erótico destruye los límites a partir de los cuales se reconocen, alterando el orden de cuerpo, intercambiando el lugar de cada parte. Como cita Bataille a Malcolm de Chazal “La voluptuosidad pone al cuerpo en cortocircuito. En la voluptuosidad, sentimos los dedos del pie en la cabeza, nuestra boca casi por todas las partes del cuerpo, la rodilla en el lugar de los hombros, y los hombros en los muslos, entre tanto los brazos han pasado completos al torso; y buscaríamos en vano el lugar de los

<sup>42</sup> Op. Cit. Introducción. Pág.25

<sup>43</sup> Op. Cit. Cáp. VIII. Del sacrificio religioso al erotismo. Pág. 95.

<sup>44</sup> La existencia de uniformes y de trajes específicos para cada ocasión, para trabajar, para identificarse con una institución, para asistir a eventos, e incluso ropas para estar en casa, representan el esfuerzo por proteger nuestra individualidad, para marcar el comportamiento entre las personas, para conservar las distancias.

<sup>45</sup> Chazal, de Malcolm. *Sentido Plástico*. Cita y comentarios de Georges Bataille. En: La felicidad, el erotismo y la literatura. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2004. Pág. 95.

<sup>46</sup> Bataille, Georges. *El erotismo*. Cáp. VIII. Del sacrificio religioso al erotismo. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005. Pág. 97

riñones: como un barco sin timón navega casi por todas las partes del cuerpo. Pág. 16)<sup>47</sup>. Destrozo humano que los deja fuera de sí, abiertos a la continuidad efímera que acontece en la pequeña muerte que es el orgasmo.

Sin embargo, esto no siempre ocurre, el ser humano escasamente se deja arrastrar por la pasión erótica, quedar a merced del vertiginoso deseo, o se permite a sí mismo ser conducido a la muerte por ese otro que lo obnubila, pues es alguien sobre quien no hay certeza que me acompañe en la muerte.

Así, la continuidad que el amante siente a través del amado, la misma violencia del deseo, hecha sal sobre la herida que es nuestra discontinuidad, pues aún en la pasión correspondida, a pesar de la unión de los amantes, la felicidad que los atraviesa está entrelazada a la angustia. Ese halo de desgracia y angustia que rodea al deseo, es inherente a todo sentimiento de felicidad, que como embriaguez, siempre le sigue la resaca. La angustiada felicidad que embelesa al amante, nace de la certeza de saber, que esa continuidad que se forja con el amado es precaria, imposible en el tiempo, pues el tiempo dividido siempre nos devuelve a nuestra discontinuidad. Mas, esta continua amenaza de ruptura a la fusión, ese presentimiento de fracaso en toda comunidad sólo intensifica la pasión del amante, que compromete su ser al otro, pues pese a los obstáculos “el ser amado equivale para el amante, y sin duda tan sólo para el amante - pero eso no tiene importancia -, a la verdad del ser”<sup>48</sup>, y no hay error o falta en entregarse y abandonarse al ser.

Por vislumbrar el ser a través de la violencia del erotismo, que exacerba mi dicotomía hasta finalmente destruirla, es que el deseo erótico representa el acto sagrado que hoy en día puede aún devolvernos a la continuidad del ser, y enfrentarnos a través de ella, con la variedad de los fenómenos que contiene la vida. Con lo mejor y con lo más funesto de la existencia.

## 2.4. La vergüenza y goce en el erotismo.

Como la muerte, el erotismo se constituye desde un movimiento negativo, de un rechazo que dota a lo prohibido de un aura sagrada, que ordena una prudente veneración, una organizada transgresión. En el rechazo a la violencia erótica que arremete contra nosotros, en el desprecio por ella, adquiere su valor, fuerza y devoción.

Ya lo decía San Agustín, “nacemos entre las heces y la orina” y desde el punto de vista de Leonardo Da Vinci “El acto de apareamiento y los miembros de los que se sirve son de una fealdad tal, que si no hubiese la belleza de las caras, los adornos de los participantes y el arrebatado desenfrenado, la naturaleza perdería la especie humana”<sup>49</sup>. El acto sexual, no es únicamente condenado por desestabilizar internamente a los hombres y mujeres, sino también por la animalidad de los movimientos del cuerpo, por lo grotesco de los genitales excitados que llevan a cabo el coito.

Animalidad propia de la violencia del deseo, que sin duda se contrapone a la dignidad y solemnidad que posee el cuerpo humano tanto si lo concebimos como perfecta obra divina,

<sup>47</sup> Chazal, de Malcolm. *Sentido Plástico*. Cita y comentarios de Georges Bataille. En: La felicidad, el erotismo y la literatura. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2004. Pág. 96.

<sup>48</sup> Bataille, Georges. Introducción. *El Erotismo*. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005Pág.26.

<sup>49</sup> Op. Cit. Cáp. XIII. La belleza. Pág. 150

o como perfecta obra mecánica. Sin embargo no puede impedirse la violencia animal propia del oscilar de los cuerpos que se retuercen, como tampoco se puede impedir experimentar la vergüenza que produce sentir que se está realizando actos obscenos y pecaminosos, y gozando pese a ello.

Vergüenza que es inherente al erotismo y que se da en mayor o en menor grado en todos los hombres y mujeres cuando experimentan el deseo. Vergüenza que puede ser de orden ontológico, y que nace de exhibir los deseos y el cuerpo desnudo, de exponerse tan abiertamente al otro, de proponer y dejar en sus manos, nuestro ser. Vergüenza de ofrecernos voluntariamente a la violencia del amante, violencia condenada que nos seduce. Mas, el amante también se avergüenza, pues pide la muerte del otro, para llevar cabo y soportar la propia muerte, que solo no es capaz de enfrentar.

Sin sentirnos abochornados no se experimenta genuinamente el deseo, pues “no podemos gozar sino a condición de seguir sintiendo vergüenza”<sup>50</sup>, ya que la transgresión siempre tiene en miras la ley que ordena la medida de la conducta, la decencia de los cuerpos, como se ha dicho la transgresión no quiebra la norma sino que es ella otra forma de celebrarla, en este caso, se le rinde culto por medio del goce que se sufre en la vergüenza de violarla, vergüenza que la reafirma. Vergüenza que no es sólo de orden “ontológico”, sino también de orden físico, y que se siente por gozar el contacto de cuerpos sudados, de oscilar en medio de fluidos corporales, de emitir gemidos y ruidos grotescos y burdos, de mostrar gestos y muecas descompuestas y risibles, en fin, vergüenza por buscar la belleza singular de cada persona, y gozar en su profanación.

Para Bataille todo acto sexual de por sí tiene algo de fechoría. Quitarle a la mujer su virginidad, pese a la delicadeza y prolijeo que se tenga en ello, no deja de ser una mancha que arruina y profana la belleza intangible de una mujer<sup>51</sup>. Sin embargo, es esta misma belleza intangible, lo buscado por el deseo erótico, pues en su profanación se solaza, obtiene su máximo placer. Goce vergonzoso que constituye, que crea una nueva belleza sobre la destrucción de esa belleza incorrupta que nos fascina y que deseamos estropear.

Vergüenza en el placer, y placer en la vergüenza, una dicotomía fundada en el morbo que engendra la muerte, sobre el asco y horror que nos produce la podredumbre de la carne del muerto. Asco y horror que se traslada al acto sexual, a la carne voluptuosa obscena y sucia, que desfallece en el paroxismo del placer. En el fondo del erotismo, un sentimiento de obscenidad, una perversión

---

<sup>50</sup> Bataille, Georges. El erotismo, sostén de la moral. *En: La felicidad, el erotismo y la literatura*. Editorial Adriana Hidalgo. Buenos Aires. 2004. Pág. 377

<sup>51</sup> Tal cuidado requería tomar por primera vez a una mujer, por la violencia que implicaba, por la sangre involucrada, que se solía dejar a un sacerdote o a un forastero el deber de tomar la virginidad de una mujer.

## III. LA PERVERSIDAD: EL MARQUÉS DE SADE Y LA RADICALIZACIÓN DEL EROTISMO

La literatura a lo largo de la historia ha expuesto, descrito, desarrollado, teorizado, hiperbolizado, moralizado, menospreciado, incitado etc., una variedad de experiencias, acciones, conductas y estados propios de la existencia, que no resulta equívoco afirmar que la literatura tiene y ha tenido (destacadamente desde la modernidad) el derecho a decirlo todo, que su principio si es posible adjudicarle alguno es la libertad de decirlo todo. Mas, al decirlo todo, no dice nada, pues ella no se compromete con nada que no sea la propia experiencia de escribir, de vaciarse en palabras<sup>52</sup>. De este modo, como el erotismo, la literatura tiene su fin en sí misma, y como el, la literatura es un acto transgresivo que a través del lenguaje convoca la muerte, pues como dice Blanchot “el lenguaje es la vida que lleva la muerte en sí, y en ella se mantiene”<sup>53</sup>. Muerte como ausencia que se manifiesta en la violación y transgresión del blanco e incorrupto papel, que irónicamente permanece blanco y vacío una vez que las palabras se han posado sobre el, pues no hay palabra que no se refiera más que a sí misma, al gastar y consumir en sí lo pretendidamente nombrado por ella. Razón por la cual, la palabra no será más que la ausencia de lo nombrado, huella de una desaparición.

Para Blanchot “haberlo dicho todo”, habría sido la verdadera causa por la cual Sade fue mantenido en prisión durante toda su vida adulta<sup>54</sup>. Por haber dado voz, a lo que constituye los deseos más execrables de la humanidad, y más aún, intentado justificar tales deseos y actos a través del diseño de un sistema lógico del mal, que les proporcionaba principios y derechos a depravados personajes, Sade constituyó un peligro para la recién instalada república, la que irónicamente cometió más crímenes de los que Sade llegó a describir en su obra. Sin embargo, su permanencia en la cárcel fue la ocasión, sin la cual no se habría creado una obra literaria, que desplegaba todo el poder de destrucción y negación que es la propia experiencia literaria.

Más allá de la pretendida defensa que Sade haya intentado hacer por sobre sus peculiares tendencias, del racionalismo y lógica que intentó imprimir en los argumentos con que sus personajes justifican sus aberrantes y crueles acciones, Sade constituye una

<sup>52</sup> Autores como M. Blanchot en su obra “*El espacio Literario*”, así como Michel Foucault en su libro “*Del lenguaje y literatura*” y Roland Barthes en “*El grado cero de la escritura seguido de nuevos ensayos críticos*” han descrito el movimiento destructivo que opera bajo la literatura iniciada en la modernidad, la que se caracteriza por un lenguaje cuyas palabras absorben lo nombrado, lo consumen y destruyen. El propio Bataille siempre mantendrá una especie de frustración a priori con respeto al lenguaje, en todos sus estilos, pues para él las palabras son algo que principalmente juegan consigo mismo, no teniendo ningún compromiso seguro y estable con lo nombrado, que suele desaparecer tras las palabras.

<sup>53</sup> Blanchot, Maurice. *De Kafka a Kafka. La literatura y el Derecho a la muerte*. México D.F. Fondo de Cultura Económica. 1991. Pág. 65

<sup>54</sup> La vida pública de Sade no se diferenció en gran medida del comportamiento propio de los hombres de la clase aristocrática de su tiempo. Cometió delitos, pero estos nunca llegaron al grado de crueldad y vileza de sus personajes de ficción.

figura relevante en la obra de Bataille<sup>55</sup>, que influyó en gran medida en sus consideraciones sobre el erotismo, debido en parte a que para él constituye uno de los primeros escritores y hombres que logró representar, sin pornografiar en demasía o sentimentalizar hasta la diabetes, la experiencia erótica, pero más aún porque el Marqués fue uno de los primeros en intuir que el exceso del amor, es un exceso de muerte. “Sade - lo que Sade quiso decir- horroriza por regla general a los mismos que aparentan admirarlo, aunque sin haber reconocido por sí mismos este hecho angustiante: el impulso del amor, llevado hasta el extremos, es un impulso de muerte”<sup>56</sup>. Fenómeno que sin duda Sade a través de sus obras llevó a sus extremos.

Hemos visto, como el erotismo en Bataille es un movimiento de negación. El depositario de mi deseo, quien lo encarna e ilumina de modo maravilloso, responde al indeterminado movimiento de mi ser y lo cuestiona, a la vez que intensifica la tensión permanente entre ser y no-ser, dicotomía que se exagera en el instante de máxima voluptuosidad, en que experimentando un exceso o demasía de ser, los amantes son efímeramente absorbidos por esa breve continuidad a la que se abren en el clímax.

Al solazarnos en el deseo y convocar a la muerte en su movimiento, el erotismo constituye una desviación, una per-versión que invierte, que desvía los fines propios del acto sexual, y de aquella sobreabundancia y exceso de energía que afecta a los cuerpos y cuyo gasto se ha destinado a la procreación. Mas no sólo altera aquel fin, sino que es una perversión que puede llevar nuestra vida a la ruina, debido a la despreocupación y desinterés en el cuidado que solemos mantener en conservar los límites de nuestra persona, en la medida de nuestro comportamiento social, y por el descuido o incluso abandono de las ocupaciones y preocupaciones que llenan nuestra existencia. También pervierte, invierte los objetivos y metas que nos proponemos, los proyectos que perseguimos, que sólo podrían, quizás, cobrar nuevamente interés una vez pasada la vorágine del deseo.

Sin embargo, la mayor revelación que acontece en el deseo erótico, es aquella que nos descubre la perversión en la raíz de nuestro ser. A través del deseo podemos llegar a descubrir que hay actos considerados aberrantes, antinaturales y prohibidos, que definidos por la psicología como patologías mentales, pueden muchas veces, pese a nuestro profundo rechazo a ellos, llegar a excitarnos. Un ejemplo de esto nos lo da Bataille, “Un hombre joven hubo que no podía ver un entierro sin sentir una cierta incitación física... su conducta se oponía a las conductas habituales”<sup>57</sup>, algo que sin duda para el hombre “normal” resulta inhabitual y antinatural, algo que nadie confesaría abiertamente ya que es una afrenta directa al carácter moral y racional que intentamos imprimirles a nuestras conductas. Sin embargo, como hemos visto existe una asociación íntima entre el erotismo y la muerte, un vínculo que responde a una cierta atracción o morbo que se experimenta frente a un cadáver descompuesto, como fascinación y deseo por tocarlo y, con ello transgredir el cuerpo sagrado de un muerto. Un deseo que puede ser mucho más patente en la experiencia erótica de algunos hombres y mujeres. Además, como dice Bataille “no podemos reducir el impulso sexual a lo agradable y a lo beneficioso. Hay en él un elemento de desorden, de exceso, que llega a poner en juego la vida de los

---

<sup>55</sup> Especialmente su obra pornográfica “Historia del ojo”, sus personajes recuerdan mucho a personajes como Juliette, que ponen su placer por sobre cualquier consideración moral sobre los demás.

<sup>56</sup> Bataille, Georges. *El erotismo*. Cáp. II. La prohibición vinculada a la muerte. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005. Pág. 46.

<sup>57</sup> Bataille, Georges. Sade. *En: La literatura y el mal*. Madrid. Taurus Ediciones. 1959. Pág. 92

que le siguen<sup>58</sup>. Desorden que se puede manifestar de múltiples maneras, ya sea como gusto o atracción por sufrir daño o causarlo, como atracción hacia un hermano, madre o padre, es decir, como incesto, o hacia un cadáver, una muñeca o algo tan trivial como un zapato. Acciones, objetos y personas que pueden ser la fuente en la que se expresa nuestro deseo o ser el modo a través del cual desenvolvemos nuestra experiencia erótica y experimentamos placer, modos en los cuales percibimos nuestra disolución y enfrentamos la muerte y superamos su angustia. Y pese a lo aberrante que resulten estas experiencias, resulta demasiado apresurado reducirlo a una simple patología, ya que para Bataille, más que ser un desorden mental, estas experiencias responden más bien al desorden ínsito del deseo que no reconoce límites, o que reconociéndolos, gusta en transgredirlos.

Bajo esta óptica del erotismo, el movimiento erótico sádico, aberrante y desmedidamente cruel que despliegan los personajes de Sade, representa la radicalización del desorden, de la alteración, perversión y ruina ínsita del erotismo<sup>59</sup>. Si la conciencia de hacer el mal era la fuente de la cual obtiene su disfrute el libertino, Sade concebirá el deseo erótico como instancia en la cual se lleva a cabo, de modo pleno y efectivo la destrucción de los hombres, su negación, al punto de transformar el movimiento de disolución que se despliega en el deseo erótico, en un acto criminal, en la ocasión perfecta para destruir, todo tipo de ley, orden y humanidad.

Para Sade, la experiencia transgresiva del acto sexual no es instancia para la unidad o para la mutua des-posesión del ser de los amantes, no es un acto que permita abrirse a una efímera continuidad. El movimiento voluptuoso al cual se entregan sus personajes como Juliette, no tiene en miras la continuidad, o alguna especie de conexión con el amado, sino que busca pervertir todo tipo de ley, invertir todo ideal, alterar todo significado, comenzando por la propia imagen del amado, la cual a través del deseo que experimentan es modificado, ya no es un ser en cuya posesión el amante se pierde, a través del cual el amante experimenta la transparencia y verdad del ser, sino que es transformado en víctima, en cosa en cuya destrucción tiene el hombre sádico la oportunidad de reafirmarse y de erigirse como soberano. Así en el acto sexual los personajes de Sade buscan reafirman su ser, a través de un proceso de vejación que culminará en la destrucción y muerte de lo deseado, exaltando el carácter criminal<sup>60</sup> del acto sexual, y valorándolo por el, pues será el crimen para Sade y sus personajes, el acto por medio del cual, al negar toda consideración, valor y sentido al ser de los demás, se transforman en hombres y mujeres íntegros, en soberanos.

El estudio que realiza Maurice Blanchot<sup>61</sup> en su obra "Lautréamont y Sade"<sup>62</sup>, nos revela sobre el pensamiento de Sade, que el carácter ruinoso y perverso del erotismo exacerbado por él, el placer desmedido que experimentan sus personajes al dañar y vejar a sus víctimas, tiene sentido y justificación dentro de una concepción del hombre que Sade diseña desde el retazo de distintas teorías. Esta actitud sádica para con el otro, según Blanchot "se funda en el hecho primario de la soledad absoluta. Sade lo dijo y repitió de todas las maneras; la naturaleza nos hizo nacer solos, no hay ningún tipo de relación entre un hombre y otro. Así pues, la única regla de conducta es que yo prefiera cuanto me afecta felizmente y que

<sup>58</sup> Ibid.

<sup>59</sup> Cf. "La imaginación de Sade llevó este desorden hasta los límites de lo peor y del exceso" Bataille, Georges. Sade. *En: La literatura y el mal* Madrid. Taurus Ediciones. 1959. Pág. 92.

<sup>60</sup> Que ya lo es de modo latente.

<sup>61</sup> Estudio con el que concuerda Bataille y que cita constantemente en sus estudios sobre Sade.

<sup>62</sup> Blanchot, Maurice. *Lautréamont y Sade*. México. Fondo de Cultura Económica. 1990

no me importe nada cuanto de mi preferencia pueda resultar perjudicial para el otro. El mayor dolor de los demás siempre cuenta menos que mi placer. No importa que tenga que comprar el más insignificante goce con un inaudito conjunto de fechorías, ya que el goce me halaga, está en mí, mientras el efecto del crimen no me afecta, está fuera de mí”<sup>63</sup>. Bajo este principio de soledad absoluta, Sade defiende las conductas de sus perversos personajes, que han aceptado la soledad constitutiva de la vida humana, y la han transformado en indiferencia hacia el resto de la humanidad, pues sólo sobre la indiferencia del valor del otro, desarrollando *la apatía* el hombre podrá alcanzar la soberanía.

La apatía en Sade, es un estado que se desarrolla desde la indiferencia de los otros, desde el menosprecio que le merece el ser y el valor de los demás, los cuales desde el principio están ausentes y muertos para él. Pero, así mismo la apatía se encuentra conectada con su idea de que la vida del hombre, consiste en poseer cierta cantidad de energía y fuerza. Esta energía ínsita del hombre, suele perderla cuando reconoce al otro y limita y coarta su comportamiento con respecto de él, así también cuando defiende ideales que consumen inútilmente su vida, de ese modo “dispersa sus fuerzas alienándolas en beneficio de esos simulacros llamados los otros, Dios, el ideal”<sup>64</sup>, y en la medida en que les reconoce algún tipo de valía, debilita sus fuerzas, sus posibilidades de ser y erigirse como hombre soberano.

El hombre soberano, su soberanía a diferencia de la conceptualizada por Bataille<sup>65</sup>, la obtiene en la medida en que el hombre concentra, reúne en sí toda su fuerza y potencial poder, cuando abandona sentimientos parasitarios como el amor, la piedad, la compasión, la gratitud, la caridad, el respeto etc., incrementando su fuerza y energía cuando sólo tiene en miras el deseo de su voluntad, pues a través de él reafirma su ser. Esta reafirmación del individuo se realiza para Sade especialmente en el acto sexual, que de modo muy particular somete al otro y donde el hombre sádico tiene la posibilidad de reinventar múltiples y variadas formas monstruosas para ejercer su dominio, manifestar y practicar su soberanía. De este modo, si la soberanía del hombre sádico, ejercida de modo pleno en el acto sexual, requiere al otro; si en alguna medida el otro lo conmueve, tiene importancia para él, sólo lo es en la medida en que puede hacer de él una víctima, convertirlo en ocasión de un crimen, en la posibilidad de negarlo y destruirlo.

Por otra parte se debe destacar que esta interpretación de la soledad humana no es equiparable a la discontinuidad del ser constitutiva de los individuos que ha sido determinada por Bataille, pues la distancia, el abismo entre los hombres se da sobre la misma convivencia, sobre el hecho innegable de que mi identidad y vida se constituyen y preservan desde el vínculo que tengo con los otros, aquel otro desde el cual yo comprendo mi experiencia como ser humano. Un otro que no logro alcanzar más que en instantes de pérdida. Sobre este vínculo percibo mi discontinuidad y la sufro.

En Sade, sus personajes no sufren por la discontinuidad que existe con los demás, por el contrario su soledad es el principio de su soberanía. Es la negación del valor del hombre para el hombre, tanto para su vida como para su autocomprensión, la justificación de sus actos perversos y criminales. Y para estos personajes el acto sexual representa, la experiencia de pérdida y negación, que cumple en mayor medida su exigencia de soberanía al conjugar el placer y el crimen en un mismo movimiento.

<sup>63</sup> Blanchot, Maurice. *Lautreamont y Sade*. México. Fondo de Cultura Económica. 1990. Pág. 19.

<sup>64</sup> *Ibíd.* Pág. 57

<sup>65</sup> Cuya concepción de soberanía se *da* en la pérdida del ser discontinuo, en el abandono del instante que nos consume.

Sin embargo, de acuerdo al principio sádico de la soledad absoluta, el propio libertino se encuentra a merced del otro, de ser víctima de los deseos desenfundados de otro victimario sádico. Blanchot destaca a uno de los personajes, quizás el más desvariado de los creados por Sade, como es Amélie. Ella le declara a Borchamps, quien fraguó una conspiración contra el soberano de Suecia, y luego entregó a todos sus cómplices y conspirados, “me encanta tu ferocidad, le dice ella. Júrame que un día también seré tu víctima; desde la edad de quince años he estado trastornada por el ideal de perecer como víctima de las crueldades del libertinaje. No quiero morir mañana, sin duda; mi extravagancia no llega tan lejos; pero no quiero morir sino de esta manera: convertirme al expirar en ocasión de un crimen es una idea que me hace girar la cabeza”<sup>66</sup>. Esta afirmación nos indica que el libertino sádico puede disfrutar, tanto en causar daño como en ser víctima de las aberrantes crueldades de otro, al punto de que no habría acto u hecho de su vida del que no pudiese obtener beneficio, ya que como dice Blanchot “Si hace mal a otros, ¡que voluptuosidad! Si los otros se lo hacen a él, ¡qué goce! La virtud le da placer, porque ella es débil y él la aplasta, y del vicio obtiene satisfacción por el desorden que engendra, aunque sea a sus expensas”<sup>67</sup>. No habría en su vida ningún hecho o suceso del cual no pudiese obtener placer, incluso si éste tiene como consecuencia su muerte, pues en su propia negación él gozaría, y para Sade, quien goza hasta en su autodestrucción, es sólo alguien soberano.

Quizás Sade fue la mejor representación de la autodestrucción que sufre el propio libertino con sus actos. Aunque en vida jamás cometió tales crímenes, ni convirtió a cada una de sus parejas en víctimas, sufrió la propia autodestrucción a la que se somete quien lleve al extremo el desorden inherente del deseo erótico, no tanto en vista a los actos criminales que cometió y por los que fue encarcelado, sino debido a la auto-negación que sufrió en manos de su obra, al desprecio y rechazo de la humanidad que se granjeó a través de ella.

Su obra no sólo describe sus fantasías, en ella hay un intento por buscar extender la destrucción y negación a toda la humanidad, de hacernos participar, especialmente de aquellos que lo juzgaron y encarcelaron, de la propia ruina moral, y defender sus perversos gustos justificándolos en el desorden y perversión ínsito del deseo erótico. Intentó a través de ella ser un soberano, destruido por sus palabras, negado por ellas, ya que debido a su aislamiento en la cárcel no podía actuar de modo que se le permitiera alcanzar la ruina definitiva de su persona. Su obra tenía la labor de negarlo, despreciarlo y arruinarlo de modo definitivo, y él por su parte debía solazarse en ello<sup>68</sup>, pues sólo así lograría ser soberano.

---

<sup>66</sup> Blanchot, Maurice. *Lautreamont y Sade*. México. Fondo de Cultura Económica. 1990. Págs. 34-35

<sup>67</sup> *Ibid.*

<sup>68</sup> Quizás, Sade, y toda persona sádica, guarde dentro de sí un masoquista, que goza en su ruina y autodesprecio.

## CONCLUSIÓN

El propósito de este trabajo de seminario de grado, ha consistido en exponer la naturaleza del erotismo desde los planteamientos de Georges Bataille. Para exponer y desarrollar, una experiencia intrínsecamente personal e íntima, por ello ambigua, ha sido necesario, para exhibir lo que en ella acontece, remitirse a las consideraciones de Bataille con respecto a la vida, a como ésta se despliega en dos dimensiones, íntimamente ligadas, bajo las cuales se desarrolla la existencia humana. Como hemos visto es la ambivalente dimensión sagrada, el espacio de nuestra existencia en la cual de modo más pleno se cobija nuestra interioridad, se libera, al celebrarse en ella el acontecimiento de la muerte, sin esa angustia que nos repliega y encierra en nuestra individualidad.

En el fondo, este trabajo ha consistido en exponer la muerte como aquel evento que determina nuestro comportamiento, nuestros estados internos, nuestras acciones, nuestra historia, en fin, nuestra existencia. Muerte que experimentamos como desorden, como desgarramiento del ser, pérdida de los límites y de la individualidad, como ausencia, como comunidad de lo imposible, como deseo de perder, de no-ser, y finalmente la muerte llevada a su máximo expresión, como destrucción y crimen. ¿Por qué la muerte?, porque la muerte ha sido la que determina la vida, la que le otorga ese *carácter* trágico sin la cual ella no sería el evento asombroso, fascinante y vertiginoso que es, y por la cual estamos dispuestos a vivirlo todo, a consumir hasta nuestra última cuota de vida, hasta morir. Morir, porque en la muerte se cumple el ser que somos, porque en ella se condensa toda nuestra vida, su mayor fuerza.

Y el erotismo, ¿cual ha sido su sentido? Ninguno, pues para la dimensión profana de la existencia es una actividad de la cual no obtiene nada más que pérdidas, que puede llegar a desestabilizar los principios y leyes del orden social y económico, o al menos restarles importancia, perder prioridad. Mas tampoco debe pensarse el erotismo como un experiencia que tiene sentido, o que deba exigírsele uno, pues quien cede al deseo, va a morir, va a enfrentarse directamente con la muerte, y en ella no hay sentido ni podrá encontrársele, pues en ella el individuo lo da y pierde todo, menos la exquisita sensibilidad para vivir ese efímero instante en que la muerte lo abre a la continuidad. El deseo nos abre la vida que se acaba, a la muerte latente bajo nuestra respiración, muerte que en nosotros vive su efímero momento de gloria, hasta consumirnos. Vida y muerte que en erotismo se descubren, en la cual el ser del hombre y la mujer se devela en su ausencia, experiencia en la que finalmente se resuelve la imposibilidad de ser y no-ser, en la cual se soporta jovialmente la angustia por morir y la fascinación por la irreversible muerte.

Con respecto a ello cobra sentido y valor la identificación que realiza Bataille del erotismo, como “la aprobación de la vida hasta en la muerte” pues en tanto vida y muerte que se aprueban y se celebran en todo su despliegue, no hay experiencia, estado, emoción, significado y valor que no se enfrente y condense en el erotismo. Es en esta experiencia donde el ser humano enfrenta la totalidad de la vida, sus variados aspectos y espectros como, la discontinuidad y continuidad del ser, lo sagrado, lo profano, lo risible y trágico, el asco y la vergüenza, la belleza y su profanación, la posibilidad de fundar la comunidad, la imposibilidad de conservar una comunidad, la posibilidad de ser, y la impotencia de ser, todo ello desplegado y enfrentado en la experiencia erótica, que en definitiva, convoca los

puntos más extremos de una vivencia, los estado más álgidos y los más insignificantes, las emociones más contrapuestas.

Podemos experimentar y descubrir lo más noble y perverso de nuestra persona, pues bajo el deseo, la muerte que lo anima, matiza todo objeto, modifica y pervierte toda experiencia. Muerte que fluye bajo el erotismo, deseo que toma todo de nuestro ser, lo saca a la luz y nos fuerza a enfrentarnos a nuestra existencia, a lo más ambigua de ella y a jugar con ella, pues especialmente el erotismo es un juego, que tiene reglas sólo para darse el gusto de quebrarlas, juego en el cual tanto si juegan uno, dos, tres, etc., y ya sea que jueguen como activo o pasivo, dominante o sumiso, víctima o victimario, todos perderán. Quizás sea el primer juego donde nadie gana, porque desde el principio se aceptó perder, jugárselo y entregarlo todo, para obtener un instante de placer, de voluptuosa felicidad.

No siempre será así, no siempre se estará dispuesto a arriesgarlo todo, sabiendo que no se ganará nada, nada durable en el tiempo, más que una imagen fragmentada que inútilmente nos empeñaremos en volver a vivenciar y recrear en su totalidad, porque de la muerte, en la muerte nada podemos retener, más que la impotencia de no poder olvidar, pero también de no poder recordar.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bataille, Georges. *La literatura y el mal*. Madrid. Taurus Ediciones. 1959
- Bataille, Georges. *La experiencia interior*. Editorial Taurus. Madrid. 1989
- Bataille, Georges. *Lo que entiendo por soberanía. Introducción de Antonio Campillo*. Barcelona Editorial Paidós. 1996
- Bataille, Georges. *Teoría de la Religión*. Madrid. Editorial Taurus Humanidades. 1998
- Bataille, Georges. *La felicidad, el erotismo y la literatura. Ensayos 1994-1961*. Buenos Aires. Editorial Adriana Hidalgo. 2004.
- Bataille, Georges. *El erotismo*. Barcelona. Editorial tusQuest. 2005.
- Blanchot, Maurice. *Lautreamont y Sade*. México. Fondo de Cultura Económica. 1990
- Blanchot, Maurice. *La comunidad inconfesable*. Madrid. Editorial Arenas Libros. 2002.
- Esposito, Roberto. *Comunitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires. Editorial Amorrortu. 2003